

D. Alberto Miret

EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER

En el primer semestre del año 1891, le escuadrilla formada por el crucero de la Armada española «Isla de Luzón» y el buque cablero de la Real Marina italiana «Cittá de Milano» había llevado a cabo el tendido de la red de cables españoles de Norte de Africa, que enlazaba las plazas de Tarifa-Tanger, Algeciras-Ceuta, Almería-Alborán, Alborán-Melilla, Melilla-Alhucemas, Alhucemas-Peñón y Melilla-Chafarinas.

Parecía que los Gobiernos comenzaban a preocuparse y a reconocer la importancia nacional de las comunicaciones submarinas, que mientras en España apenas recibían atención, a pesar de poseer importantes colonias trasatlánticas y todo un Continente en que, si no nuestra soberanía, por lo menos podíamos y debíamos ejercer una intensa influencia por la comunidad de sangre, historia y lengua, otras naciones se habían apresurado a explotar, sobre todo Inglaterra, que desde mediados de siglo venía realizando un esfuerzo técnico y un sacrificio económico formidables, para conseguir la hegemonía en esta materia, de interés vital en aquella época.

La historia del tendido de los primeros cables trasatlánticos raya en lo fabuloso, y para comprender la razón que tenían las naciones atentas al mantenimiento de su supremacía y a la propia conservación, al gastar en la empresa caudales enormes y esfuerzos y energías incalculables, basta conocer un artículo publicado en aquella época, en que un escritor francés, Alfonso Allais, simulando una carta dirigida a sí propio, decía:

«Sí, querido Allais, tiene usted razón al afirmar que, vacías

»sus minas de hulla y sin el inmenso lastre de sus minerales de
»hierro, la Inglaterra flota como un tonel hueco.

»En lo que está usted equivocado es cuando pretende que
»cambia de sitio. La Inglaterra flota; pero no cambia de sitio,
»porque está... ¡amarrada!

»No se asombre usted, el hecho es rigurosamente exacto; va
»usted a comprobar por sí mismo la exactitud de mi afirmación.
»Hace cincuenta años, los sabios ingleses previeron el caso que
»nos ocupa. Para evitarlo propusieron varios remedios. Unos eran
»partidarios del sistema de «water ballast»; es decir, de lastrar la
»isla, remplazando en las minas la hulla extraída por agua del
»mar.

»Otro sistema obtuvo todos los sufragios, y algunos meses
»más tarde, bajo pretexto de comunicaciones telegráficas, fuertes
»cables submarinos unían a Inglaterra con Calais, Ostende, Co-
»penhague e Irlanda. Más adelante, nuevos cables unían la gi-
»gantesca boya con América, China, Australia, Islandia, etc.

»Y, siempre prácticos, los ingleses hallaron el medio de su-
»jetar el suelo de la Patria, no solamente sin que la operación les
»costase un céntimo, sino que hicieron contribuir a los gastos de
»instalación a todas las naciones del mundo» (1).

España, en tanto, se desinteresaba de estos problemas, a pe-
sar de que los telegrafistas clamaban desde hacía muchos años, lle-
nando sus revistas técnicas de llamamientos al interés nacional ha-
cia el problema de los cables con Cuba, Puerto Rico y Filipinas,
todos en manos extranjeras. Con Canarias, también en manos in-
glesas en aquella época, y con las posesiones del Norte de Africa.

¡Voces perdidas! Ahora parecía que se despertaba el inter-
rés que debió haberse sentido treinta años antes. Según todos los
indicios, se iba a acometer el tendido de un cable nacional a las
Antillas, y se tendían los del Norte de Africa, reconociendo en el
correspondiente Decreto la importancia militar del cable.

Telégrafos concebía la esperanza de que sus razonamientos
y lamentaciones para evitar que España flotara, *que el suelo de la
Patria cambiara de sitio*, iban al fin a ser comprendidas, y que
*se establecerían en breve fuertes cables metálicos que lo amarra-
ran a otros Continentes.*

La plantilla de personal asignada a Melilla estaba formada

(1) «Industrie Electrique», 1897.

por un funcionario facultativo y tres auxiliares de manipulación, y a mediados de junio fué destinado, como Jefe, D. Alberto Miret, que había solicitado dicha plaza con carácter voluntario.

Miret no era un oficial sin historia, y tenía ya en su hoja de servicios hechos que le hacían destacar entre sus compañeros. Ingresó en la convocatoria de 1878, con el número 1 de una promoción de 500. Destinado en Madrid, era hughista, a quien se asignaba el *hilo* de París, lo que nos hace suponer un dominio absoluto del sistema de Hughés. En cierta ocasión, le había tocado en suerte la transmisión del despacho más largo conocido hasta la fecha, que consistió en la copia íntegra del Tratado de Comercio con Estados Unidos, transmitido telegráficamente al «New York Herald» por su corresponsal en Madrid, y cuya transmisión duró ocho horas. Para imaginarnos lo que era Melilla en aquella época, escuchemos la descripción de la plaza hecha por un ardiente africanista y brillante escritor:

«En aquellos tiempos, la ciudad murada, asentada en la cumbre de una peña, cuyo horizonte limitaba el cercano Gu-rugú, era tacita de plata, limpia, limitada, pequeña, en la que la vida discurría plácida y tranquila, con días iguales todos, que comenzaban al toque de diana, que se llenaban con el diario que hacer y terminaban con cierre de puertas enormes, chapeadas de hierro, y alzamiento de puentes levadizos, cuyas cadenas chirriaban ásperamente, quizá en protesta del trabajo que siglo tras siglo venían prestando; sólo alteraban el ritmo de esta vida dos sucesos: la llegada del correo, decenalmente, y acontecimientos del campo, que, unas veces por riñas entre cabileños y otras por agresiones a nuestras patrullas de vigilancia en los límites, ponían en sus horas asuntos nuevos que comentar, rompiendo la monotonía de existir» (2).

Salir de la plaza era peligroso en aquella época, y rebasar la línea de fuertes interiores de San Carlos, San Miguel, Victoria, Santa Bárbara, o llegar a los exteriores de las Cabrerizas, francamente temerario.

Fuera de las horas de servicio, en la vida monótona descrita con pluma magistral en las líneas copiadas, existía el placer de pasear por los *manteletes*, terreno cerrado por fuertes muros aspilleros formados por arcos de descarga de tres metros de luz,

(2) «Del Marruecos español», Francisco Triviño, 1920.

ganados a las arenas de la desembocadura del río de Oro, cuyo curso se había desviado para ello, y en donde, al extremo del man-telete exterior, se encontraba la caseta de amarre del cable, unida a Melilla por una línea aérea.

Desde allí se gozaba el espectáculo del mar libre y del ir y venir de las embarcaciones al fondeadero, y, paseando o sentados frente al mar, se podían comentar las noticias y sucesos del día, desgranando los comentarios, con esa calma tan llena de belleza que tan difícil nos es hallar y gozar en nuestros tiempos apresurados y apasionados.

Desde aquel punto, contemplaban muchas veces los telegrafistas las dos boyas armadas de campanas que señalaban en la bahía la posición de los cables, indicando a los barcos el peligro de romperlos. En ellas estaba la garantía de la comunicación con la Patria.

El 1.º de noviembre de 1891, el temporal arrancó las boyas, llevándolas a la playa, más allá de la desembocadura del río de Oro, en pleno campo enemigo, donde un grupo de cabileños se posesionó de ellas.

Era preciso rescatarlas, y así lo expresó Miret al general de la plaza; la mayor dificultad consistía en la necesidad de desmontar las campanas, trabajo que exigía la dirección de un técnico. Miret no dudó un momento acerca de cuál era su deber, aun cuando el caso no estuviera taxativamente dispuesto en el Reglamento, y, al frente de un pequeño destacamento formado por un oficial y ocho soldados de Marina, que el General puso a sus órdenes, más dos obreros contratados, sale al campo, soporta una descarga que le hacen los moros al salir del recinto, se aleja del mismo, vadea el río de Oro, ahuyenta con su destacamento al grupo poseedor de las boyas, desmonta sus mecanismos, y dirige, al amainar el tiempo, el remolcado de los artefactos hasta su emplazamiento.

El hecho merece las calurosas felicitaciones del General y sirve durante algunos días de manantial de comentarios en la plaza.

Dos años más tarde, a mediados de 1893, la vida había perdido en cierto modo su monotonía; el ritmo seguía siendo el mismo, somnoliento y monótono, pero con algo en el ambiente general que causa preocupación, y a estas preocupaciones se unen

otras de carácter profesional que hacen pensar largos ratos al facultativo de Telégrafos. El cable ha perdido algo su aislamiento, y acaso esto sea el principio de una avería. Aparte de ello, la campaña pro-cables españoles arrecia. La «Revista de Telégrafos» y «El Telegrafista Español» no cesan de publicar artículos encendidos de patriotismo y repletos de técnica. Amado Zurita, el incansable propugnador durante largos años de nuestras comunicaciones cableras, no cesa de lanzar sus propuestas de que, aprovechando la terminación de la concesión hecha diez años antes a la Spanish National, pase el cable a manos españolas, fundándose en altas razones patrióticas. Algunos derrotistas o *aprovechados* lanzan la semilla de que el Cuerpo de Telégrafos no tiene capacidad técnica para la explotación de un cable, y Antonino Suárez Saavedra, con su voz autorizada y su brillante pluma, publica un artículo lleno de patriotismo, titulado «El cable de Canarias», y una serie de ellos, bajo el título de «La explotación técnica de un cable», que destruyen los argumentos de los enemigos. Se discute apasionadamente si los telegrafistas españoles podrán hacerse *thompsistas* en plazo breve, para sustituir a los ingleses al incautarse del cable de Canarias, y todas estas ideas bullen en el cerebro de Miret, telegrafista de una pieza, que vuelve con angustia sus miradas al cable que le está encomendado, y piensa en el terrible efecto y en las consecuencias que puede acarrear en aquellos instantes para el Cuerpo de Telégrafos la avería que él presiente.

Por otra parte, hay marejada internacional, que se traduce en inquietud de los rifeños. El fuerte de Sidi-Guariach, que se es construyendo junto a un morabo, produce excitación entre los cabileños, y todo son temores y augurios tristes.

El día 2 de octubre, la vida ha sufrido una violenta sacudida. Los moros han atacado la caseta del fuerte en construcción. El combate se generaliza; en los fuertes exteriores hay en total 350 hombres; los atacantes son más de 6.000, y surgen por todas partes. Nuestros soldados se cubren de gloria; el teniente Golfín carga con las fuerzas de Caballería, formadas por ocho hombres!, contra la gran masa de enemigos, como si «se tratara de un motín en la plaza de la Cebada», según frase de un periódico de la época. Pero, a pesar del derroche de heroísmo, es preciso retirarse a los fuertes interiores; las balas entran en la plaza.

Margallo, que ha salido al campo desde el primer momento, acude al telégrafo para pedir comunicación con el Ministro, y el servicio se aglomera de manera extraordinaria. Miret dispone a su gente para poder atender a los servicios auxiliares, y él se hace cargo del delicadísimo de transmisión, y no se aparta del aparato ni un instante, trabajando sin cesar, y observando con angustia que la derivación aumenta por momentos.

Al fin, a las ¡setenta y dos horas! de trabajo incesante, sin separarse un instante del aparato, el cable, como si quisiera hacer resaltar la fortaleza de voluntad del telegrafista, menos fuerte que él, quedó inservible; un cerebro, un corazón y unos músculos, estimulados por una voluntad, habían permanecido ¡setenta y dos horas seguidas! al servicio de un aparato telegráfico.

El cansancio amortiguó la amargura de ver inutilizarse una herramienta tan precisa en aquellos momentos y que tan prodigiosamente había sido manejada; pero el descanso fué breve; tras él era preciso pensar en remediar el daño. No había medio de funcionar en thompson, por no existir tal aparato en Melilla, y entonces comenzaron los ensayos para funcionar en Morse, para hacerlo utilizando relevadores y hasta empleando teléfonos y recibiendo a oído. Mientras tanto, continuaba la campaña, que reunía en Melilla 22.000 hombres, y en la que el día 26 caía muerto Margallo, de un balazo en la cara, y ganaba el primer ascenso por méritos de guerra el teniente recién ingresado D. Miguel Primo de Rivera, recuperando un cañón que nos había tomado el enemigo.

La Prensa hacía al cable objeto de diatribas y burlas, y a Telégrafos de ironías o alabanzas, según la manera de ver las cosas de cada periódico. Los telegrafistas hacían maravillas técnicas para mantener la comunicación, y demostraban que por un cable de cien millas averiado podía funcionar como se funcionaba por las astrosísimas líneas terrestres que entonces usaban en la Península.

Algún tiempo más tarde, departía Miret con periodistas y amigos que expresaban su asombro, elogiando su resistencia. El telegrafista, con una sonrisa bonachona bajo los fuertes mostachos y un timbre de voz en que hay buena parte de melancolía, protesta de las alabanzas y explica con modestia la poca importancia que el hecho tiene, pues D. Francisco Roldán, por ejem-

plo, había estado aquel mismo año treinta y ocho horas seguidas atendiendo un morse, sin alimentar, y admitiendo al mismo tiempo el servicio de ventanilla, que transmitía sin tasar ni registrar, para no perder tiempo, con motivo de las terribles inundaciones de Villacañas, y Luis Brey Fernández permaneció tres días seguidos atendiendo su aparato cuando las grandes inundaciones de Consuegra y Madridejos, y todavía se rememoran hechos análogos en las grande inundaciones de Murcia de 1879.

Y, sonriendo tristemente, sigue departiendo con los periodistas, camino del segundo mantelete, en donde está enclavada la caseta de amarre, desde el que se ven las dos boyas que marcan la ruta del cable, ya reparado, que vuelve a unir normalmente la plaza con España, y desde el que se complace la vista en la extensión del mar y en el ajetreo del fondeadero.